

imprescindibles para que el alma pueda vaciar todo lo que tiene.

Con Lautaro Silva, la provincia de O'Higgins nos entrega otro varón, amante de los caminos del espíritu y obrero que labora paciente y modestamente una obra de indudable valor para nuestro folklore. Al recordar esa provincia de trigos y de arados, no puedo dejar de sentir la voz ausente pero siempre presente de nuestra lírica, la del poeta Oscar Castro, hijo de Rancagua como Lautaro Silva y que, desaparecido prematuramente, dejó una honda huella en la poesía chilena de los últimos diez años. Oscar Castro, era un jornalero del Arte que dió sus mejores años al servicio de la literatura y el magisterio y que se distinguió por la pureza de formas que sabía poner en su verso; fué el sucesor de Pezoa Véliz en sus cantos a la tierra y su cítara enmudecida demasiado pronto, enlutó no sólo al arte americano sino también a nuestros campos, que veían en él a su profeta y amigo. Lautaro Silva, debe apoyarse en muchos momentos en la sombra de Oscar Castro que tanto trabajó por purificar la forma del verso y que lo consiguió a temprana edad. Debe como él, ser un jornalero del Arte y sacrificar en los altares de la belleza inmortal todos los himnos que nazcan de su corazón de varón y novelista.



«EL EXTRANJERO», Novela de *Alberto Camus*

Al doblar la última página de este libro de Alberto Camus, nos queda una sensación de desencanto, de tristeza y desolación. Uno no puede comprender el espíritu del escritor que traza la trayectoria de una vida sin que el personaje tenga ninguna reacción sentimental.

Camus es un hombre completamente deshumanizado en este libro. Huye de todo impulso emocional y los hechos a veces dramáticos que cuenta, los hace derivar siempre hacia un resultado frío, absurdo, desconcertante. El dolor de la muerte, la

atracción del amor, no tienen aquí esa vibración humana, henchida de pasión, filtrada en esa angustia apremiante que nos hace creer es este el único sentimiento que nos puede redimir de todas las tristezas que nos causa la vida en sus diferentes alternativas.

Ese hombre que Camus nos pinta en esta novela, que a veces, como nos decía una lectora sensible y fina, parece estar escrita en estilo telegráfico, es un ser anormal. Nos habla, como en un vago sueño, de la muerte de su madre. No hay duda de que el novelista, compañero de Sartre en lo del existencialismo, quiere salirse de lo natural, de lo eterno, de aquello que nos han contado y que hemos visto desde que el mundo es mundo. La muerte de la madre que está viviendo desde hace mucho tiempo en un asilo de ancianos, es como un acontecimiento cualquiera, fastidioso, que le causa más bien molestias que tristeza.

Al día siguiente, cuando ya han enterrado a la viejecilla, él se encuentra con María, una muchacha que le atrae sin ninguna emoción. Pudiera ser María o alguna de las mujeres que pasan a su lado. Es un caso de insensibilidad, de abulia, de rechazo a todos los sentimientos nobles que dignifican la condición humana. ¿Qué puede probar el joven novelista francés con este caso, que no es lo corriente, ni lo que surge del corazón del hombre que busca siempre con afán el calor de otro espíritu. Prueba que hay seres de esta condición, pero no puede llegar a probar que esta es la sensibilidad del hombre de hoy. Sería absurdo y monstruoso pensar que la humanidad ya ha perdido la fuente original del amor que es principio eterno de la belleza y la única razón de vivir.

Y claro está, ese hombre es un extranjero en la tierra. Justifica de este modo el título de la novela. Un extranjero que no atina ni siquiera a abrir la boca cuando le dicen que ha sido condenado a morir por haber dado muerte a un hombre, al cual él mismo no sabe por qué mató. El novelista nos desconcierta con su manera terriblemente inexorable para llevar los hechos

hasta el último extremo. No hace concesiones de ninguna especie. Es este un arte que no convence, porque la condición humana no se puede reflejar únicamente a través del cerebro. El frío razonamiento, la despectiva manera de mirar lo que tiene la vida de profundo en sus manifestaciones orgánicas y emocionales, desaparecen en la obra del escritor francés, es decir, escribe sin sangre arterial y el pensamiento no se endulza ni conmueve en ningún instante. Y el arte se hace con la vida, no con lucubraciones mentales únicamente.—LUIS DURÁND.



«ASÍ ASESINARON A TROTZKI».—Editorial del Pacífico, Santiago

Los sucesos de la revolución rusa y los que de ella se derivaron, siguen apasionando a una enorme cantidad de gente. De otro modo no se explica el gran éxito de venta alcanzado entre nosotros por este libro que acaba de publicar en Chile, la Editorial del Pacífico y que se debe a los apuntes del General Leandro Sánchez Salazar, Jefe de la Policía Mexicana, en la época en que ocurrió, primero el atentado contra la vida de Trostki, y luego el de su asesinato.

Trostki, poderoso cerebro de la revolución bolchevique fué eliminado del poder por una hábil maniobra de Stalin, a raíz del fallecimiento de Lenin, el Jefe máximo del movimiento que trastornó por completo el régimen gubernamental de Rusia. Quedó eliminado de la acción directa, pero Trotzki poseía un cerebro de gran político y de escritor de batalla que puso en acción a través del mundo entero—apenas Stalin se erigió por medio de ese golpe de audacia en el hombre fuerte de todas las Rusias—para atacar a éste y tratar por medio de su pluma y de sus maniobras políticas de derribarlo.

Los dos amigos y mentores del movimiento revolucionario de mayor entidad que ha visto el mundo contemporáneo, sabían